

Noticias Mercados Indicadores Finanzas Personales Emprendedores y Empresas

Dólar Obs: \$ 712,98 | -1,06% IPSA -0,25%

► Fondos Mutuos

UF: 28.065,35

IPC: 0,00%

FONDOS MUTUOS

WINDSURF. El francés Kilian du Couëlic se luce en la ola de Punta Sirena.

El despegue de Curanipe

domingo, 30 de diciembre de 2018

Tweet

Reportaje El Mercurio

Aunque algunos lo llaman el "Pichilemu chico", sobran razones para pensar que, de aquí a poco, Curanipe -la capital del surf maulino- podría transformarse en un destino aún más interesante que su hermano mayor. Por lo pronto, cada vez son más los que deciden instalarse aquí, y más los hoteles y restaurantes que suman cuento y estilo al que es, sin duda, uno de los rincones más bellos de nuestra costa. POR Sergio Paz, DESDE LA REGIÓN DEL MAULE.

A aprovechando unos días libres, me he propuesto viajar a Curanipe. Un lugar -Parral a la costa- al que, si bien he estado ahí al menos un par de veces, nunca he tenido la suerte de conocer en profundidad.

El problema es que, para cuando planeo la travesía, el mar estará gigante. Y, por lo mismo, debo llegar rápido; antes de que las bombas empiecen a detonar.

Me explico: para los surfistas, lo ideal es cuando el mar está mutante, con olas de cuatro, cinco o más metros. La cosa es que cuando uno es un tardío aprendiz, basta una ola chica para sentirse todo un tatita rider; uno, sin duda, con más algas que pelo en la cabeza. Pero, ojo, igual atrevido. Basta saber que la de Curanipe es una ola entubada, chupada; una monumental pared que, si te cae en la cabeza, podría hacerte añicos en un dos por tres.

Lo otro es que, si bien las ganas están, no así el auto. El mío, al menos, está sin permiso de circulación. Y entre los amigos, el panorama no es más alentador. Uno tiene su vehículo en el mecánico. El otro, aún no logra sacarlo del mismo taller.

-No nos compliquemos -dice uno-. Arrendemos algo y ya. Solo serán dos días.

Acto seguido, lo intentamos, aunque no es fácil. Llamo a un rent a car, luego a otro, pero la respuesta es siempre la misma: "Todo está arrendado". Eso, hasta que finalmente llamo a Sixt y entonces surge una posibilidad.

-Hola. Necesito un auto para el fin de semana. Uno que se pueda meter en la arena, que gaste poco. Perdón, que no gaste nada. Y ojalá que se lave solo.

Silencio.

Silencio.

-¿Aló?

-Espere. Estoy viendo -dice la telefonista, antes de concluir-. Está de suerte. Solo tengo un BMW X5.

Cae café sobre el computador.

-¿Perdón? Solo tiene un BMW... ¿Y me quiere decir que es mi día de suerte?

-Exactamente. Tenemos una promoción y, solo por hoy, lo puede llevar por el mismo precio que un city car.

Corte. Dicha. Carretera.

La alegría es infinita, algo opacada porque (ya es un clásico) al final ninguno de los amigos pudo sumarse. Así es que ahí estoy; con auto de gerente, comiendo el asfalto que separa a Santiago de Curanipe, y tratando de no gastar mucha bencina.

Atrás quedan Rancagua, San Fernando, Talca. Y, finalmente, en el kilómetro 277, tomo la carretera Los Conquistadores (Ruta 126) que sigue hacia San Javier y, pasado el puente Loncomilla, te permite llegar a Constitución o a Cauquenes, la tierra del sol y los garajes, donde uno puede abastecerse de buen vino litreado antes de llegar a la playa.

Acelero. Según Magic Sea Weed, el ondero sitio web en el que puedes ver cómo estará la ola, incluida altura, frecuencia y dirección, a Curanipe está por llegar una fuerte marejada. Y, como mi nivel es ahí nomás, con suerte tendré un día para intentar lo que quiero.

En el intertanto, el fantástico camino sorprende. Especialmente cuando aparece Pelluhue y, siete, ocho kilómetros después, Curanipe: la tierra de las lechugas y de las frutillas que crecen lozanas junto al mar.

La verdad, solo manejar aquí es una tremenda experiencia. El ululante camino se retuerce como culebra mientras avanza entre quebradas y acantilados. Y, de tanto en tanto, desde la nada emergen enigmáticas rocas de piedra laja oxidada, cubiertas por gruesos helechos que, a pleno día, parecen iluminados por luces led.

Sorprende enterarse de que, en solo unos años, aquí se han construido decenas de estilosas casas y cabañas. Y la fiebre no para. Estos días, por ejemplo, se apura el tranco para la entrega de **Pura Mar**, un nuevo hotel boutique que se construye junto a monumentales roqueríos de laja y cuarzo.

En el camino, además, llama la atención la gran cantidad de surfistas que, en destartalados autos, van y vienen buscando olas. Supongo que es parte del orgullo local. Es que Curanipe es eso: óxido, olor a madera y surf huaso de alto nivel. Una historia que, entiendo, comenzó a escribirse hace rato, a mediados de los ochenta, cuando la única manera de llegar era por el camino de tierra que conectaba Cauquenes con la costa.

En cuanto llego doy unas vueltas y pronto estaciono frente al número 300 de la calle Perú. Es la dirección de **Waiki Surf Shop**, una sofisticada tienda que ofrece trajes, leashes (cable con el que la tabla queda sujeta al pie) y, la especialidad de la casa, tablas Fishman hechas a mano por el australiano Bruce Smith en Pichilemu.

Waiki es el emprendimiento de Pedro Hernández, surfer local que se define como un deportista "made in Curanipe". Tras salir del colegio, Salas decidió estudiar en Talca para laboratorista dental. Ya egresando se dio cuenta de que ni las coronas ni los puentes eran lo suyo. Por lo mismo, consiguió trabajo como vendedor en Surfing Paradise, la clásica tienda de surf de Santiago en la que estuvo hasta que decidió regresar a su pueblo.

Ya en Curanipe, con los pocos ahorros que tenía, intentó abrir una tienda en la playa San Pedro, pero como no consiguió una concesión, con la ayuda de su padre (maestro constructor) levantó en la chacra de su familia una preciosa casa donde hoy tiene la tienda y un cómodo departamento con notable vista a la bahía.

Atisbando el horizonte desde el ventanal, Pedro asegura que, en tres décadas, las cosas en Curanipe cambiaron radicalmente.

"Cuando comencé a surfear y rompía el leash", recuerda, "no tenías cómo conseguir otro. Para seguir surfeando debía viajar a Cauquenes y, en la ferretería, comprar una manguera de bencina para amarrarte la tabla al pie. El problema es que, cuando te caías, la manguera se estiraba y te traía la tabla de vuelta, a veces golpeándote en la cabeza. Igual de difícil era conseguir cera: lo único era comprar velas y derretirlas sobre las tablas. Hoy Curanipe sigue alejado del fashion style del litoral central, pero lo cierto es que aquí el nivel de surf es muy alto".

Desde la pieza de Pedro puedes ver que, pese a que la ola es ruda y sopla un viento antártico, al menos treinta chicos están en el agua.

"Aquí se surfea de verdad", dice Pedro.

Y es cierto. Basta saber que, en el circuito nacional, hoy suenan los nombres de locales como Erick Bustos, "el Chunchu"; y en alza viene Joaco Reyes, un chico de 14 años que pese a su temprana edad ya está dando que hablar.

Al desarrollo local contribuye la proliferación de escuelas (como **Swell** y **Curanipe Surf**) y, cómo no, las increíbles olas que hay por todos lados. Partiendo por la más clásica que está en la misma playa San Pedro; una ola larga con fondo de arena, una ola constante, tubular y de buen drop. Aparte, Curanipe tiene la ola del camping. Y, muy cerca, en Pelluhue, la llamada ola de los Botes; también la Gotera y la Rompehuesos, una violenta onda que rompe sobre un roquerío.

Ahora bien, más que un sitio en particular, cuando se habla de Curanipe la gente se refiere al extenso territorio que se extiende desde el sur de Pelluhue hasta Tregualemu -a 16 kilómetros del centro de Curanipe-, el punto exacto donde termina la Región del Maule y comienza la del Biobío. Entre medio abundan excepcionales playas con buenas olas. Un poco más al sur está Pullay y, al norte, el Viaducto (una ola en extremo ruda, solo para expertos), además de Punta Sirena, un clásico spot, bueno indistintamente para el windsurf como para el surf.

En resumen, una zona de increíble belleza que, en el último tiempo, ha protagonizado su propio boom inmobiliario. Basta saber que hoy, en Curanipe, un terreno de 800 metros cuadrados no cuesta menos de treinta millones de pesos. En apenas dos, tres

años, los precios se duplicaron y hay quienes estiman que, en menos de cinco, Curanipe se consolidará como un estiloso pueblo surfero.

¿Una exageración? Quizás no, considerando que, la capital chilena del surf -Pichilemu- tiene al menos un gran problema.

"Pichilemu", dice Pedro Hernández, "está reventado. Te metes al agua y al toque estás con cien personas de las cuales diez saben surfear y el resto nada. Por lo mismo es peligroso y en cualquier momento puede haber un accidente. Es cierto que fue en Pichilemu donde comenzó todo esto, pero allá, ahora, hay demasiada gente".

Hace hambre.

Busco donde comer y, como la cocina local es por decir lo menos tradicional (mariscales, machas, pescado frito con papas fritas), termino engullendo, aquí y allá, algunas rarezas locales. Primero, hotdogs "al vapor", que venden en un carrito a un par de cuadras de la playa. ¿Qué tal? Digamos que especiales: húmedos, suaves y particularmente sabrosos.

Luego voy por una empanada de queso-jaiba. Claro que no cualquier jaiba, sino jaiba remadora -típica de la zona-, que suele ser más tierna y sabrosa que la tradicional. Eso y, finalmente, una ensalada de ulte.

¿Nada más? Nada más. Claro que al poco rato vuelvo a tener hambre, y entonces manejo hasta un lugar que me han recomendado varias veces desde que estoy en Curanipe.

Se trata de **Lovel-Van**, un conjunto de cabañas sobre el camino Pelluhue-Curanipe (para dos: \$50.000 pesos, para cuatro: \$65.000) que destaca por la exquisita cafetería en la que Daniela Salas y su madre ofrecen ricos cafés y unas tortas que, en el cielo, seducirían al propio San Pedro.

Lovel-Van, en todo caso, ofrece algo aún más especial, y anticipo de aquello son unos pajarracos confeccionados en fieltro que cuelgan del techo. Daniela -veterinaria y apasionada por la naturaleza- trabajó mientras estudiaba con una organización de base en Maitencillo y ahí se hizo fanática de la observación de aves. Es por eso que, en el mismo café, regala a los clientes unas simples pero prácticas guías de aves, donde aparecen todos los pájaros que se pueden ver desde la cafetería. Incluida la tenca de alas blancas, toda una rareza de la ornitología chilena, hace poco avistada por un especialista.

En la guía, que lleva fotos de la propia Daniela y de amigos fotógrafos, hay imágenes de pitíos y siete colores, piqueros, pilpilenes, playeros, gaviotas de Franklin y de Cáhuil, más un largo etcétera.

"A diferencia de lo que ocurre en la costa norte", dice Daniela, "donde todo fue arrasado, aquí la naturaleza se mantiene poco intervenida. Es lo que explica que haya mucha flora nativa y aves endémicas. Curanipe está justo donde se forma el clima mediterráneo y, como no hace ni mucho frío ni mucho calor, es el lugar de Chile central que concentra la mayor cantidad de especies de aves".

Según Daniela, una vez en la zona, sí o sí hay que conocer la laguna Reloca, que está camino a Chanco. Hasta ella se llega caminando por la playa desde la Reserva Federico Albert. Daniela dice, además, que nadie debiera perderse la ciénaga de Name, el humedal más importante del Maule, que está camino a Cauquenes. Ahí es posible ver rayadores, garzas, cisnes de cuello negro e incluso flamencos. Cierra su lista la cuenca del Chovillán, el precioso y tranquilo río en el que con facilidad puedes kayakear mientras observas garzas y taguas.

"Curanipe está creciendo muchísimo", dice Daniela. "Lo que esperamos es que el desarrollo conjugue con la protección de toda la belleza que aquí tenemos".

Al caer el sol, llego a un fenomenal hotel, perfectamente bien emplazado frente a la playa de Punta Sirena, sin duda una de las más lindas de Curanipe.

Tras conocerse en Puclaro, los kitesurfistas Hernaní Sobarzo y Andrés Rodríguez se asociaron para construir el que terminaría siendo el primer hotel boutique de la zona: 1.400 metros cuadrados de cómodos y amplios espacios, bien estructurados a partir de portentosas vigas de madera, buena parte hechas con motosierra en la misma playa.

Proyectado por la oficina de Felipe Wedeles, el **Punta Sirena** (abierto desde septiembre a Semana Santa y, en invierno, todos los fines de semana) es de algún modo la continuación del Hotel Surazo de Matanzas. La diferencia es que, probablemente, este es aún más salvaje y se distingue por su gran piscina siempre temperada (a 24 grados) de fácil acceso desde el restaurante, más dos ricas cubas a pasos de la arena y el mar.

El responsable de que todo esté a punto es Patrick Rousseau, una leyenda del windsurf local que a estas alturas es otro chileno más. Uno, hay que decirlo, particularmente querido por la tribu devota del mar.

Patrick nació en el sur de Bélgica. Y en 1999 -tras vivir unos años en las Canarias- llegó a Chile, apenas con una mochila y escasos ahorros, atraído por la fama de nuestras montañas y la posibilidad de vérselas con olas gigantes, de clase mundial.

Instalado en Chile, en Santiago se dedicó a fabricar y vender tablas de windsurf, pero como el negocio no prosperó terminó desarrollando la marca Eolia para Michel Bouyon. Luego vivió en Vichuquén y finalmente empezó a administrar el Surf Lodge, el primer hotel boutique para surfistas que funcionó en Pichilemu.

Dos años atrás, Sobarzo y Rodríguez -los dueños del Punta Sirena- le pidieron que se hiciera cargo del hotel, imprimiéndole al spot (solo comparable con la impronta que tienen lugares como Matanzas, Topocalma y Llico) ese aire "chuper" cool , propio del mundo del windsurf y el kite .

La cosa es que, de un tiempo a esta parte, Patrick se hizo un local más. Basta saber que, hace poco, vendió un valioso terreno que tenía en Punta de Lobos, Pichilemu, y con lo que ganó se compró un terreno en Altos de Chovellén, un precioso lugar con increíble vista a la desembocadura y el mar.

Patrick es uno más de los que apostaron fuerte por Curanipe.

"Ciertamente", explica Patrick, "esto es más chico que Pichilemu, pero aquí el surf es una mina de oro. Hay muchos spots de nivel mundial, aunque lo que lo hace verdaderamente especial es que la naturaleza está poco intervenida. Estar aquí es como estar en el sur, con gente simple y amable que de verdad es un siete. Lo veo en quienes llegan al hotel: quedan locos y, de inmediato, empiezan a preguntar por terrenos. Dicen que, al jubilar, les gustaría vivir en un lugar como este. Y claro, creo que tienen razón".

Hora de dormir.

Amanece en Sirena y, muy temprano, estoy con mi tablita en el agua. Primera sorpresa, el mar debe tener 2 o 3 grados menos que Algarrobo, el lugar donde vivo. De verdad es frío. Segunda cosa que llama la atención: las olas de verdad son megapoderosas. Pero bien: gracias a los tips de mi nuevo amigo Marcos "Paco" Steven logro entrar y correr al menos un par.

Cuento aparte es la historia de Paco: un tipo que de verdad inspira.

Marcos nació en Santiago y pronto se dedicó a la construcción, llegando a ser gerente general de grandes inmobiliarias en Temuco y Concepción, ciudad -esta última- donde se motivó con el windsurf , al punto que se dio cuenta de que era más feliz navegando que ganando millones.

Cuando dudaba de qué es lo que en verdad quería hacer con su vida, sufrió un infarto y no lo pensó más. Compró un terreno en Curanipe y, desde hace unos años, casi todos los días se mete al mar.

"Me di cuenta", dice Marcos, "de que había tenido una vida de cumplimiento. De hacer lo que se espera de un padre de familia y de un deudor hipotecario. Pero resultó que esas cosas no estaban en sintonía con mi felicidad".

En la aventura del cambio lo secundó Paula Torres, su mujer. Y juntos desarrollaron, por ejemplo, estrategias de home schooling para apoyar la formación de su hija que va a clases en la escuela rural.

Su casa, en Sirena, es simple. Basta saber que todos los lunes **Huerta a deo** (el emprendimiento de un surfista local) les hace llegar una caja con todas las hortalizas que necesitan para la semana. Llama la atención, además, que a toda prisa construyen dos cómodas cabañas (**Sirena Wave** , igual de simples que su casa) que seguramente estarán listas para este verano.

Finalmente, a media tarde, tal como estaba previsto, el mar comienza a crecer. Y el viento, a soplar. Cuando eso ocurre, decenas de autos y camionetas empiezan a llegar a Punta Sirena, pues ya casi inicia el Sirena Wave Classic, un campeonato de windsurf y stad up paddle en el que participarán estrellas como el francés Kilian du Couëdic, más el chileno-belga Arnaud Frennet, quien siempre ha arrasado en el mar y ahora también fuera de él con Viejo Lobo: la cerveza que hace en su casa en Pichilemu.

Luego, literalmente, la tarde pasa soplada. Y, claro, hay que marcharse.

Aprieto start . No es fácil dejar Curanipe, más ahora que comienza a subir.

 **Imprime** esta página  **Envía** a ...

Términos y condiciones de los servicios © 2002

